¡Gigante siglo! Al fuego de sus soles,
Que fecundizan la terrestre esfera,

Se agita conmovida
En lucha de titanes portentosa
La humanidad entera,
Como la hirviente mar embravecida
De la tormenta fiera
Por la mano de fuego sacudida.

De templos y palacios abrasados
Se alza de polvo y humo negra nube;
Se estremece la tierra,
Y confuso rumor atruena y sube
De la incesante guerra,
Que va alumbrando el sol de cada día,
Y se oyen con espanto
Los cañones que truenan en Pavía
Y las naves que chocan en Lepanto.

Rugiendo la discordia se pasea
Sedienta de exterminio,
Emponzoña su aliento la venganza,

Y su torva mirada centellea,
Y su rojiza tea,
Que va sembrando destrucción y muerte,
Al cruzar por el campo de la idea
En luminoso faro se convierte.

Y en medio del fragor de la batalla
Y en medio de los gritos del combate,
Sus níveas alas bate
El alma ciencia, y, emprendiendo el vuelo,
Lejanos horizontes luminosos
Abre á lo porvenir, y atroz se enciende
Nueva lucha sangrienta,
Y más y más la humanidad alienta.
Y se yergue terrible y soberana,
Sus cadenas rompiendo vigorosa,
La libertad de la conciencia humana.

Como hirviente volcán que el hondo seno
De la convulsa tierra destrozando

Lanza por su cratera
Torbellinos de llamas rebramando
Y encendidos peñascos y torrentes
De abrasadora lava, que revueltos
Bajan incandescentes
En humo denso y en vapor envueltos;
Así de religión la lucha crece,
Y al asombrado mundo
En sus firmes cimientos estremece.

El llano y la montaña,
La ciudad y la aldea,
Los palacios, el templo y la cabaña,
La corte y el hogar, son de pelea
Abierto campo, en que el furor se ensaña;
Y el libro y el cañón siembran espanto,
Luto y desolación, y muerte y llanto.
Y ofrece la victoria,
En la revuelta lid sangrienta y fiera,
Al triunfador las palmas de la gloria,

Y al vencido las llamas de la hoguera.

Y soplan por el mundo desatadas,
Cual fieros aquilones
Bramando, de furor arrebatadas,
Encendidas pasiones
Con hondo batallar y en furia impía
Al espíritu humano estremeciendo
En lucha apocalíptica y sombría;
Como si en un momento, á un golpe mismo
Y crujiendo en sus goznes de diamante,
Del cielo y del abismo
Se encontraran abiertas
Por la mano de un Dios las férreas puertas,
De su seno lanzando
Raudos vertiginosos torbellinos
De innúmeras legiones, que atronando
Con su vuelo el espacio atravesaran
Y en el absorto mundo
En pavoroso choque se encontraran.

Rompiendo del caós la noche obscura,
Como astros encendidos
Que derraman su luz indeficiente,
Cruzan del siglo el tempestuoso cielo,
Levantando sus frentes coronadas
Por las auras de gloria acariciadas,
Tasso, Ariosto, Cervantes, Maquiavelo,
Keplero, Rafael, Shakspeare, Ercilla,
Copérnico, Camoes y Cardano,
Galileo y otros cien en los que brilla
Sacro fuego de genio soberano.

Entretanto, al fulgor puro y ardiente
Con que el sol acaricia
En regiones ignotas de Occidente
Con amante delicia
La inmensidad de los desiertos mares,
Ligero se disipa el denso velo
De la cerrada bruma,
Y en un lecho de espuma,

Fantástico, soberbio, esplendoroso,
Y surgiendo del seno misterioso
Del férvido Oceano,
Se levanta orgulloso
El virgen continente americano.

II.

La frente reclinada entre los hielos
Con que el ártico polo se reviste,
Colgando de sus cielos,
En las solemnes y calladas horas
De eterna soledad obscura y triste,
El rojo pabellón de sus auroras;
Sobre un inmenso lecho de granito
Á los polos del mundo encadenado,
En cuyo borde inquebrantable choca
Con empuje infinito
Soberbio el mar contra la enhiesta roca,
La América, sus fértiles llanuras

Cubiertas de verdor, próvida tiende
Y alza erguida cadena de montañas
Donde el rayo de sol su luz acendra
Y la flotante nube se suspende,
La tempestad se engendra,
Cuaja la nieve, y el volcán se enciende.

Dulces ofrece y sazonados frutos
Cada zona á porfía,
Brindando cariñosa sus tributos
Sin cultivo y feraz la madre tierra,
Que misteriosa encierra
En su seno riquísimo y fecundo
Los preciados metales
Que van á derramarse por el mundo
En copiosos y mágicos raudales.

Desbórdanse las aguas cristalinas
De inagotables fuentes
En anchurosos y profundos ríos;

Rugen entre la selva los torrentes
Despeñándose raudos y bravíos;
En los azules lagos transparentes
Las nubes se retratan,
Que al cruzar los alisios arrebatan,
Y al estruendo que forman de los mares
Las encrespadas olas,
Responden en los bosques seculares,
En lejano concierto, los rumores
Del viento que acompaña
El himno de sus pájaros cantores.

Á portuguesas y españolas naves
El genio de Colón abre camino,

Y coronando la atrevida empresa,
Les entrega el destino
Á España y Portugal sangrienta presa,
Y venero riquísimo y fecundo
Ofrece á la ambición y la codicia
La poblada extensión del Nuevo Mundo.

Y rápida, sangrienta y destructora
Se extiende la conquista,
Como el terrible incendio que devora
El bosque añoso, y con creciente furia
Envuelve al roble, al bejucal inflama,
Se arrastra en la maleza,
Seca el arroyo con su ardiente llama,
Y tendiendo su manto en la llanura
Levanta su cabeza
Coronada de nubes en la altura.

Triunfante la conquista,
El cuello inclinan tribus y naciones;

Sobre sangrientas charcas
Se clavan los extraños pabellones,
Y en la rüina del aduar que humea
Álzase el templo al Dios de los cristianos.
Y se agrupa la aldea,
Y surge la ciudad, y altivos, fieros,
Se dividen el nuevo continente
Gobernantes sin ley y encomenderos.

¿Mas del linaje humano
En donde está la omnipotente mano
Que á desbordado mar poniendo coto,
De las ondas soberbias
Que hirviendo saltan sobre el dique roto,
De súbito detenga el fiero empuje,
Y en manso torne y apacible lago
El torrente que ruge
Sembrando aterrador muerte y estrago?

Como el ronco mugido lastimero

Del expirante toro que en las selvas
Abate el cazador, en sus guaridas
Va á despertar ligero
Á las fieras que duermen escondidas,
Y que llegando en marcha cautelosa,
Por el olor de la caliente sangre
En medio de la sombra dirigidas,
En el breñal acechan
El esperado instante que oportuno
Á la presa lanzándose aprovechan;
Así la clara voz repercutiendo
De la fama en los ámbitos de Europa
Se escucha, refiriendo
De América fantásticas riquezas,
Que arranca fácil atrevida tropa,
Y fabulosos hechos y proezas,
Y mágicos paisajes, do entre flores
Mujeres bellas con mirar de fuego
Brindan á sus señores
Dulce placer en amoroso ruego;

Y al eco de la fama se despierta
Ávida de codicia la esperanza,
Pintando como cierta
La soñada fortuna, anima y lanza
En atrevida empresa temeraria
Á la turba falaz de aventureros
Que en frágiles y humildes carabelas
Ó en queches altaneros,
Y al viento dando las tendidas velas,
Cruzan el mar ó esperan en acecho
Á la mercante nave que se acerca
Á cruzar el estrecho,
Ó con mayor arrojo y osadía
Asaltan las ciudades de la costa
Á fuego y sangre y á la luz del día.

Se extienden el pavor y el sobresalto;
Ni embarcación ni puerto están seguros
De repentino asalto;
Álzanse en las ciudades fuertes muros,

Y la artillada torre se levanta.
Las escuadras Reales,
Cuyo poder al agresor no espanta,
Cruzan doquier en busca del corsario,
Que muchas veces el combate esquiva,
Y otras audaz le acepta temerario,
Y la enseña del Rey queda cautiva,
Y las costas y el mar temblando gimen;
Que manchan sus arenas y sus aguas
Tanto horror, tanta sangre y tanto crimen.

BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

BIGOTES

EPISODIO HISTÓRICO. — 1708.

I.

Su ronca voz la fama dilatando
Por la tendida costa mexicana,

Que con sus ondas de zafir arrulla
El Atlántico mar, contó cien veces
Despertando terror, sembrando pena,
Y alarma difundiendo y sobresalto,
Hechos terribles, lances fabulosos
De audacia y de valor, rudos combates,
Abordajes, asaltos y sorpresas
De un osado pirata, cuyo nombre
Calló la historia y olvidó la fama.
Pintábale la gente alto y membrudo,
Ancha la espalda, levantado el pecho,
Mirada al par que altiva penetrante,
Lento en andar y en el hablar pausado.
Dando aspecto más duro y más sombrío
Y aumentando del rostro la fiereza,
El espeso bigote, negro y lacio
Y flotante llegando hasta los hombros,
Dió seña con que fuera conocido
El temible y audaz filibustero.
Hoy sin duda se asoma la sonrisa

De la faz más adusta por los labios,
El apodo escuchando de *Bigotes*
Que al pirata se dió; pero en el siglo
En que víctimas eran de su furia
Las ciudades del Golfo, y recelosos
Los marinos temblaban de encontrarle,
Ese nombre fatal era la cifra
De todo lo espantoso y lo temible;
Y nunca el navegante, atravesando
El piélago en que reinan procelosas
Repentinas tormentas, más cobarde
A cada instante registrando el cielo;
Se estremece si mira en el espacio
Nubecilla ligera, si las brisas
Parecen arreciar, si el tiempo calma,
Si viste el sol de rojo el firmamento
Al hundirse la tarde, ó si los astros
Rutilan más brillantes, como entonces,
Trémulos de pavor y sobresalto,
En tropel á las playas acudían

Los habitantes todos de la costa,
Cada vez que miraban á lo lejos
De alguna embarcación las blancas velas.
Y en constante zozobra, el horizonte
Explorando tenaces, del pirata
Á todas horas descubrir creían
La rauda embarcación sobre los mares,
En cada nube que arrastraba el viento,
En la flotante bruma, entre la niebla,
En el pardo alcatraz que silencioso
Se destacaba en solitaria roca,
Y hasta en el copo de la blanca espuma
Que en las henchidas ondas engalana.

De la tranquila sonda de Campeche
Haciendo hervir las aguas cristalinas,
Como la garza que al cruzar el lago
Con el cándido pecho rompe ufana
La tersa superficie, y el garrido
Y blanquísimo cuello yergue altiva,

Así para las costas yucatecas,
Por el viento empujada, va la nave
Que á bordo lleva al opulento hidalgo
Don Fernando Meneses de Sarabia,
Que el monarca español Felipe Quinto
Para regir á Yucatán elige.
El sol de la mañana matizando
Un cielo azul, purísimo y profundo,
En torrentes de luz sobre los mares
Derrama su calor; duermen las olas
Blandamente arrulladas por la brisa,
Y en el líquido manto de zafiro
Ricos cambiantes brillan de oro y perlas.
Roza en su vuelo alegre la gaviota
El agua de la mar; cruzan trinando
En la ribera pardas golondrinas,
Y el pesado alcatraz torpe aletea,
Mientras que vuela y salta vocinglero
En las flotantes palmas el zanate.

Ligera va la nave. Mas, de pronto,
Oscila y se detiene y luego vira
Y en nuevo rumbo el aparejo empeña.
Como indómito potro que del bosque
Entre las sombras al cruzar tranquilo
Siente el olor del tigre carnicero,
Detiene el paso, y la cabeza erguida
Inquieto torna por doquier, el aire
Con las anchas narices dilatadas
Aspira con violencia, lanza luego
Resoplido sonoro, se estremece,
Sacude altivo las copiosas crines,
Veloz revuelve, y en la obscura selva
Rompiendo el bejucal se precipita;
No de otro modo la española nave
Que conduce á Meneses de Sarabia,
Sus velas todas desplegando al viento,
Rompe veloz con la ferrada proa
Las movedizas ondas, porque osado
Dándole caza con tenaz porfía,

Como va tras el ciervo fugitivo
Corpulento lebrel, sigue tras ella
El atrevido queche del pirata.
¡Cómo cruzan la mar! Nunca en la pista
Alígeros corceles, más pujantes,
La victoria y el premio disputando,
Devoran el espacio, cuando sienten
El látigo y la voz y las espuelas
De tendidos jinetes que anhelantes
La postrera señal miran cercana.
Sobre la popa la mirada fija
En el queche pirata, fascinado
Cual tórtola infeliz por la serpiente,
Va trémulo Meneses, comprendiendo
Que rápida se acorta la distancia
Que separa las naves, y ya mira
Del contrario bajel cruzar el puente
Afanosos marinos; los cañones
Descubren ya la ennegrecida boca,
Y se escuchan llevadas por el aire

De la ronca bocina obscuras voces.
¡Qué tremenda zozobra cuando el viento
Parece desmayar, cuando las velas
Se cuelgan de los mástiles, flotando
Como estorbosa carga! ¡Qué agonía
Sufre Meneses, al sentir que oprimen
En convulsivo abrazo su cintura
La tierna esposa y los pequeños hijos!
Vuelve el rostro y les mira, y demudado
En vano quiere hablar, y sobre el seno
Conmovido y lloroso los estrecha.
Torna el viento á soplar, y otra vez sigue
El empeño tenaz, y los bajeles
Uno tras otro rápidos se lanzan.
Así, seguida del halcón marino
La tímida gaviota, á rumbo incierto
Emprende el vuelo, y las batientes alas
Agitando veloz, avanza y sube
Y retrocede y baja, y ya la espuma
Fugaz tocando con el pecho rompe,

O ya como la flecha desprendida
Del arco vibrador, en el espacio
Y en el azul del cielo se confunde.

Llega el momento al fin en que el pirata
Á la española nave da el alcance.
Suena, intimando rendición ó muerte,
La encorvada bocina, y de un costado
Del corsario bajel relampaguean
En las estrechas portas los cañones.
El sonoro estampido rompe el aire;
Rugen fieros los negros proyectiles,
Y densa nube de humo se alza y flota,
Y envuelve al queche, y luego descendiendo
Sobre la mar se arrastra blandamente
En ancha faja de rizada pluma.
Embiste el queche á la española, y cierra
Aferrando las bandas, de abordaje
Con los tenaces ganchos. Salta osado
El capitán pirata sobre el puente,

Blandiendo el hacha en ademán terrible,
Y en espantosa confusión, los suyos
Al cautivo bajel fieros se arrojan.
Reina el pavor allí: lloran los niños,
Las mujeres convulsas se arrodillan,
Se atropellan los hombres, y unos corren
Buscando en los pañoles y en la cala
Escondido refugio, y otros quedan
En sus puestos inmóviles, creyendo
Que así la vida de enemigas manos
Podrán salvar en tan tremendo lance.
Pálido de emoción, pero sereno,
Cubriendo con su cuerpo á la abatida
Doliente esposa y á los tiernos hijos,
Se presenta Meneses al pirata
Sin ocultar su nombre ni su rango.
Los ojos del osado aventurero
Fosfórico reflejo de alegría
Ilumina fugaz; la noble presa
Que amiga la fortuna le depara,

Más que el botín de la abordada nave
Corona su ambición. Con voz de trueno
Que hace vibrar crujiendo las cuadernas
Ordena retirada. Le obedecen
Sin vacilar ni murmurar los suyos,
Que á su bajel precipitados tornan,
Y un momento después sólo se miran,
Al lado de Meneses, el pirata,
Y las dobladas guardias vigilantes
Al bajel y á los presos custodiando.

Acordado el rescate de Meneses,
Hora es ya de partir. La mar convida
Con lenta ondulación á los marinos,
Como la blanca y oscilante cuna
Que al niño muestra cariñosa madre.
En un gallardo bote, que se mece
Junto á las naves, en las mansas olas
Seis robustos piratas con sus remos
Al pie se ven de la tendida escala.

Por ella el capitán baja el primero,
Y va tras él Meneses pensativo;
Y asoman á mirar sobre la borda
Rostros en que se pinta la alegría,
El temor, la esperanza y el asombro.
Entra al bote el pirata, y los cordeles
Que al sensible timón sirven de rienda
Empuña con destreza; se reclina
Á su lado Meneses, y azotando
Con unísono golpe los remeros
El crespo mar, al repentino impulso
Ligero el bote parte y se resbala
Alejándose raudo de las naves.

II.

Corre en tropel revuelta muchedumbre
Llegando de los barrios presurosa,
Pues rápida circula por Campeche

La extraña nueva de que al puerto vino
Una ligera lancha, tripulada
Por unos hombres cuyo idioma y traje
Y aspecto singular, indicios claros
Dan para comprender que se presentan
De algún buque pirata desprendidos.
Y lo que mueve más y más excita
Al pueblo en esta vez, lo que le asombra,
Es la noticia de que aquellas gentes
Conducen á Meneses de Sarabia,
Nombrado por el rey Felipe Quinto
Gobernador de Yucatán. Cual nacen
Al desprenderse torrenciales lluvias
De la enhiesta montaña por las crestas
Bullidores arroyos, que ligeros
En cintas de cristal se precipitan
Con lánguido rumor, y á cada instante
Creciendo más y más, roncos murmuran
Por la vertiente rápida hasta unirse
En torrente espumoso convertidos,

Que brama y ruge en la cañada agreste;
Así va de Campeche por las calles
La hirviente multitud, crece el tumulto,
Llega en olas la gente hasta la plaza,
Y semejante al mar embravecido,
Que sus olas gigantes alza y choca
Del escarpado morro entre las peñas
Y su zumbo sonoro repercuten
De la montaña los lejanos ecos,
La activa muchedumbre se revuelve
En creciente alboroto confundida
Y en rápidas corrientes, que se cruzan,
Se encuentran, se confunden y se oprimen.
Mas de repente disminuye y cesa
Todo el rumor. Curiosidad y asombro
Revelando tenaces las miradas,
En el grupo se fijan, que aparece
Por un extremo de la plaza entrando.
Viene en medio Meneses, no abatido
Ni de fiera altivez haciendo alarde;

Sereno al parecer, mas dando muestra
De punzadora pena mal guardada;
Van en su derredor los regidores
De la ciudad, con demudado rostro,
Y en voz baja, violentos ademanes
Y siniestro mirar, franca mostrando
La noble indignación que se desborda,
Al pensar con horror que la presencia
De los piratas la ciudad profana.
Tras ellos, desdeñoso, indiferente,
No más arma llevando que en el cinto
Ancho y vistoso sable de abordaje,
Marcha el filibustero. ¿Quién, mirando
Su torva faz, su nombre no adivina?
¿Quién, al verle llegar, dentro del pecho
No siente que agitado se estremece
El corazón? ¿Y quién, cuando pasea
En el concurso inmenso la mirada
Fiera y provocativa, como un reto
De aquel hombre fatal, raudo los ojos

No aparta con horror, cual si creyera
Objeto hacerse de su negra furia?
De instintivo temor sobrecogida
Retrocede la gente, y ancha calle
Va de la multitud entre los grupos
Abriéndose delante del pirata.
Llega, por fin, Meneses á la puerta
Del salón de cabildos, y el conserje
Con respeto se inclina, dando paso.
Pero al mirar al capitán, procura
Impedirle la entrada; una sonrisa
De altivez y desdén juega en la boca
Del temible corsario; con desprecio
Al portero contempla, y se adelanta
Con osado ademán, mientras sonando
Las anchas puertas del salón se cierran.

Sobre un viejo sitial, como agobiado
Bajo el peso de bárbaro infortunio,
Se desploma Meneses. En silencio

Él y cuantos le siguen permanecen
Durante largo tiempo, y sólo turban
La calma sepulcral de aquel recinto
Sordos rumores que confusos llegan,
Como tumbos del mar, desde la plaza
Donde afanosa multitud se agita,
Como suele un enjambre alborotado
En derredor de la colmena rota
En parda nube que revuela y zumba.
Volviendo en sí Meneses, la palabra
Al Cabildo dirige, y les refiere
Toda su desventura: la promesa
De pagar un rescate; que en la nave
Su familia infeliz queda en rehenes,
Y que á buscar la suma convenida
Hasta el recinto aquel llega el pirata.
—«Harto sabéis, señores, que el destino—
Les dice al terminar—de los humanos
En el poder no está; que omnipotente
Y bondadoso, Dios ordena y guía

De este mundo las cosas, y dispone
De nuestra suerte aquí. Lección ó pena
El dolor que me manda, yo respeto
Su santa voluntad. Haced vosotros
Lo que en honra del Rey y á su servicio
Y en mi bien y favor hacer os plazca.»
No bien hubo Meneses terminado
Su triste relación, cuando el alcalde
Se puso en pie, con mano temblorosa
Por la avanzada edad su barba luenga
Atusando convulso, y con acento
Que turba la emoción, así responde,
Más que al mismo Meneses, sus palabras
Al severo Cabildo encaminando:
—«Ya, dignos compañeros, que el remedio
En tanto mal, y en aflicción tan grande,
De nuestras manos al alcance pone
La divina bondad; ya que la vida,
La libertad, y la familia y la honra
Del noble hidalgo que á regirnos manda

El Rey nuestro señor, están sujetas
Hoy á nuestro querer, no vacilemos;
Entréguese el rescate, y vengan libres
La tierna esposa y los amados niños.
Yo comprendo muy bien, pues no se oculta
Á mi larga experiencia ni á mis años,
Que vuestros pechos generosos sangran,
El rescate al pagar, no por el oro,
Que, por fortuna, en vuestras cajas sobra;
Sí porque en esta vez vuestra hidalguía
Humillada se siente, recibiendo
Condiciones y ley de un enemigo
Sin fe, sin religión y sin bandera.
Y más la indignación se agita y crece
Contemplando el orgullo y la osadía
Con que llega hasta aquí, y entre nosotros
Su voluntad y su capricho impone.
Su queche está á la vista, y en el puerto
Un bajel poderoso, tripulado
Por valientes marinos, sólo aguarda

La primera señal para lanzarse
Sobre el audaz pirata. Y es preciso
No dar esa señal; cerrar los ojos
Á tanta humillación; dentro del pecho
Nuestra herida ocultar, que así lo exige
Esa madre infeliz que triste llora
Con sus hijos en duro cautiverio,
Y que son en la nave prisionera
Prenda de impunidad á los piratas.
Nuestros hijos aquí, nuestras mujeres,
La caridad y el corazón, nos gritan
Que consumarse debe el sacrificio
Del ofendido orgullo; Dios lo manda,
Y obedientes su ley acataremos.»

Dos horas han pasado, y va ligera
De retorno la lancha del corsario,
El rescate llevando de Meneses
En los sacos henchidos de oro y plata.
Poco tiempo después, desde la costa

Contemplan los que aguardan afanosos
Cómo viene garbosa para el puerto,
Y libre ya, la nave prisionera
Y los que en ella estaban, mientras raudo
Se va alejando el queche del pirata.

SOR MAGDALENA

(TRADICIÓN)

.....neve rerum quas viderimus et audierimus, quasi formæ quædam ac imagines in anima permaneant ad exitium interitumque nostrum.

San Basilio, *Regula fusius.*

SOR MAGDALENA

A Francisco A. de Icaza.

I.

Tras los espesos muros seculares,
Cuyos toscos sillares
Reviste el musgo y la humedad desgrana,
Donde la hierba descuidada crece,
Y el buho se guarece
Esquivando la luz de la mañana,

II.

Se extienden solitarios y sombríos,
Como la tumba fríos,
Los espaciosos claustros de un convento,
Donde la luna tiembla penetrando,
Cual si fuera alumbrando
La prisión del humano pensamiento.

III.

Allí la celda reducida, aguarda
Misterio que acobarda;
Allí se agitan en constante guerra,
En hondo batallar, en fiero duelo,
La aspiración del cielo
Y las ciegas pasiones de la tierra.

IV.

Allí, de las mundanas tempestades
Huyendo las crueldades,
Como roto bajel que busca el puerto,
Llegando van las almas laceradas;
Arenas empujadas
Por el *simoun* que removió el Desierto

V.

¿Y qué buscan allí? ¿Se puede acaso
En ese breve paso
Dejar el corazón fuera del muro,
Del recuerdo extinguir la ardiente llama
Y la pasión que inflama
Desterrar con las preces de un conjuro?

VI.

Como sangriento buitre que destroza
Á su víctima, y goza
Contemplando el horror de su agonía,
Así en el alma, firme, encarnizado,
Está el dolor clavado,
Su veneno filtrando noche y día.

VII.

Son allí las memorias más intensas;
Más fúnebres y densas
Las nubes que del alma se levantan,
Y cruzan por las ascuas del deseo
Con pesado aleteo
Imágenes bellísimas que espantan.